

EPILOGO DE TRAGEDIAS

El año pesquero tuvo un epílogo de tragedia. No fue una excepción, pues, sin remontarnos a mucho tiempo atrás, el naufragio del «Jaimito» y del «Tito», éste con su dramática secuela robinsoniana de La Boeira, son un precedente digno de tener en cuenta.

Las proporciones del desastre han sobrepasado ahora las trágicas marcas anteriores. La costa del Norte de África ha quedado sembrada de cadáveres de pescadores humildes, con escasa defensa en sus hábitos y en sus naves, para hacer frente a las adversidades de la mar, allí pocas veces protagonista de hecatombes. Con pocas pérdidas de vidas, los puertos vascos, especialmente Pasajes, han experimentado importantes bajas. Y por último, pocos días antes de que comenzaran a alzarse los villancicos de la Navidad, a las puertas de casa, en la entrada de la ría de Vigo, se hunde el «Aralar» con sus doce tripulantes, tragados para siempre por la noche y la mar.

El dolor que tales hechos producen, no debe nublar la visión ambiciosa que persiga el esclarecimiento de las causas. Aunque una gran parte de los efectos tengan el signo de lo inevitable y de lo irremediable, no parece que éste haya presidido todos los desenlaces cuya sintética mención sirve de pretexto a estas consideraciones.

Un año y otro año, se suceden episodios marítimos desconsoladores en esta época del año. Nos olvidamos demasiado pronto, de que los servicios de protección al navegante fallan demasiadas veces; de que en escollos no balizados la muerte cobra peajes copiosos una y otra vez; de que la predicción de las anomalías atmosféricas o no se hace o no llega al conocimiento de ciertos pescadores, indefensos ante el fatalismo y la violencia de las tempestades.

Se consume mucha literatura en la devoción teórica por el pescador. Era necesario consumir algo más positivo, para darle la seguridad profesional que sea posible, librándole de los enemigos reducibles o soslayables.